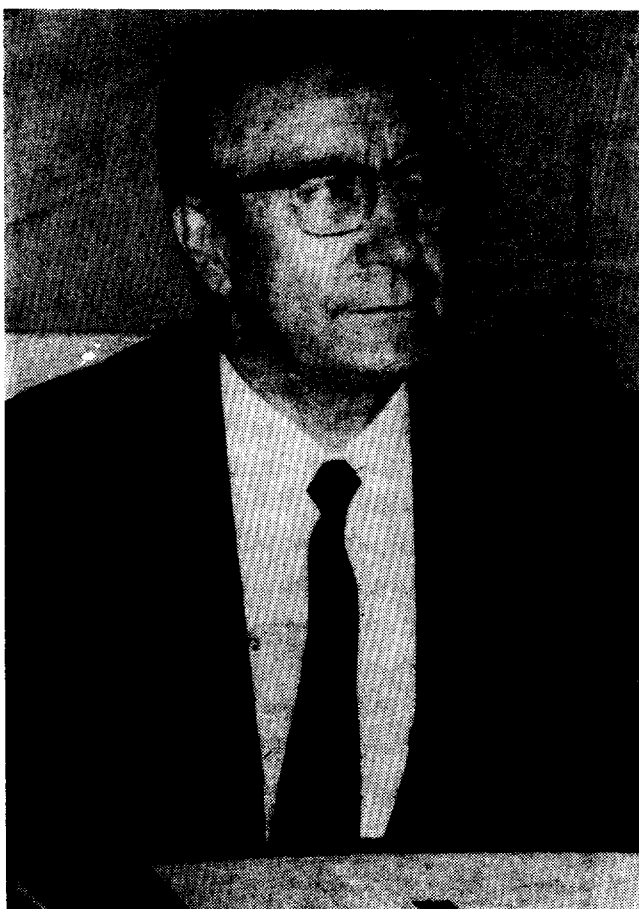


F.N. 162 - 14.2.70



## Ha muerto MANUEL HEDILLA

En las primeras horas de la mañana del día 4 de febrero falleció don Manuel Hedilla Larrey. Tenía sesenta y siete años.

Nacido en el pueblo santanderino de Bárcena de Cicero, era jefe local de la Falange de Renedo de Piélagos, cuando fue presentado a José Antonio por Giménez Caballero. Pronto se convierte en el brazo derecho del Fundador, participando en 1936 en las elecciones formando la candidatura de F.E. de las J.O.N.S., junto con José Antonio, Julio Ruiz de Alda, Onésimo Redondo y otros. En los meses que precedieron al Alzamiento actuó de enlace entre el general Mola y José Antonio que se encontraba ya preso. El 2 de septiembre se reúne el Consejo Nacional de Falange, ya sin José Antonio, en una junta provisional de mandos, integrada por ocho líderes, que eligieron a Manuel Hedilla como jefe nacional el 18 de abril de 1937.

Opuesto al decreto de Unificación, fue

confinado a Palma de Mallorca, donde permaneció hasta después de 1946, siéndole levantado el destierro. Apartado de toda actividad política vivía en Madrid, si bien últimamente su nombre volvía a sonar en la Prensa, pues hace algunos meses anunció que tenía el propósito de crear una asociación que se llamaría Frente Nacional de Alianza Libre, donde se prescindiría de «los símbolos de Falange para salvar únicamente los principios joseantonianos, actualizándolos».

Manuel Hedilla, compañero y camarada de los fundadores de Falange, sucesor de José Antonio, ha muerto. Con él desaparece uno más de los que vivieron la dura etapa de la persecución y la clandestinidad, de los que vieron caer a los mejores, de los que legaron a la hora en punto del amanecer de España. Uno de los de la Vieja Guardia de Falange.



## ¿EXISTIÓ LA CRUZADA DE LIBERACIÓN?



## LA BALA DELATORA

por MENDIBELZA

**S**IEMPRE que sufrí un mal sueño o una pesadilla me volvió a la realidad —a la sosegante y confortadora realidad— un detalle nimio del contorno real: un sonido de la vida diaria, una voz familiar, un pregón callejero, el contacto de un mueble cercano... En casos tales experimenté una gratitud profunda hacia el pequeño emisario de la realidad que me sacaba del imperio de los fantasmas o del sombrío ensueño para situarme de nuevo en este contexto lleno de sentido que es la vida real.

Días atrás tuve esta misma impresión, pero referida a una pesadilla mucho más amplia y profunda que aquellas que disipan las luces de un nuevo día. ¿Qué mundo extraño y alucinante es este que nos confunde y obsesiona de un lustro a esta parte? Todos sus fantasmas parecen convenir en una siniestra peroración. El coro popular, masa inmensa, repite sin descanso la frase de Dostoiewski en «Los Endemoniados»: «No hay ya cuestión en la verdad, ni en el crimen o el pecado, sólo hay cuestión en los hambrientos». Una sorda rebelión, sin sentido y sin límites, asciende desde una masa uniforme de hombres sin criterio ni principios, bien alimentados, con becas y con televisión. Sus líderes son curas, unos extraños curas nuevos que visten de presidiarios y repiten: *buscamos la Paz y el Desarrollo del Hombre. El mal está sólo en la desigualdad y la discriminación, en los particularismos nacionales y en la "alienación" religiosa.* El gobierno «nacional», aunque reprime los excesos de esa melenuda rebelión, hace suyos los *slogans* de ésta, y se declara al servicio exclusivo del *nivel europeo* y del neutralismo igualitario de la ONU. Los falangistas, que antaño rendían un culto casi

idolátrico a la nación, uniéndose hoy al coro, hacen abierta demagogia en sus diarios y entregan el mando de su juventud a marxistas declarados. ¡Hasta los carlistas! Un *neocarlismo* inverosímil, triunfante en la antigua causa de la fe tradicional, habla hoy de una «monarquía socialista» y hace causa común con el coro de melenudos y comunistas...

Y es el caso que yo, aun sin ser viejo todavía, recuerdo haber vivido una guerra donde voluntarios de todos los medios sociales acudían alegres, cantando, a luchar por Dios y por la Patria. Y los curas alentaban a los que daban su vida por la fe, contra el comunismo «intrínsecamente perverso». Y se aclamaba a Cristo Rey y se rezaba el rosario en las trincheras y las madres animaban el heroísmo de sus hijos adolescentes. Y ciudades enteras se ganaban por la sola decisión y alegría de soldados carlistas que salían al campo con un «Detente» en el pecho. Y las Brigadas Internacionales se estrellaban contra aquellos pechos...

¿He soñado yo todo esto o una senilidad prematura forja en mi mente estos cuadros, eco tal vez de lecturas históricas muy remotas? El anhelo de despertar a una realidad coherente y en continuidad con ese pasado cercano se hace en momentos imperiosos. E interrogo a todos, en busca de un indicio, de una referencia.

— Vosotros, que todavía cobráis de la nómina del Movimiento, ¿no recordáis a tantos camaradas que cayeron por Dios y por España?

— La socialización —se me responde— nos conduce a la unidad de los hombres y de las tierras...

— Y vosotros, carlistas que vais aún a

Montejurra, ¿no sentís piedad y comunión hacia los vuestros que murieron abrazados a la bandera de España y al Corazón de Jesús?

— Nuestra bandera es hoy la de Camilo Torres y de Ernesto Guevara...

— Y vosotros, españoles todos, ¿no sentís de ninguna manera el orgullo de haber sido los únicos vencedores del comunismo en el mundo?

— Si tenemos televisión, un 600 y fútbol, ¿para qué nos hablas del pasado?

— Y vosotros, curas, ¿nada os recuerda a los miles y miles que sufrieron martirio por serlo y confesar a Cristo?

— Hubo el Vaticano II...

No, evidentemente, la falta de referencias es unánime, aplastante. Fui yo quien soñó, quien forjó romances de guerra y de amor en pleno siglo xx. Un delirio obsesivo, una alucinación poética-heroica que nadie recuerda porque sólo existió en una noche febril...

—o—

Pero, de pronto, surge la noticia de una agencia informativa. En la prensa de ayer...: «Pamplona, 30: Pedro Chiquitriain, navarro, que combatió en el Tercio de Montejurra, tras de sufrir súbitos dolores y un desvanecimiento, le ha sido descubierta una bala alojada entre el corazón y la aorta, donde ha permanecido desde hace treinta y tres años en que fue herido en el frente de Guipúzcoa. Se espera poder extraérsela.»

¡Loado sea Dios! Aquello existió. Una pequeña bala delatora, realísima, alojada junto al corazón de un hombre todavía vivo, no viejo. Alguien la metió allí y algo hacía aquel hombre en aquellas trincheras. No, no he soñado, ni soy yo quien está loco.